

«Comamos y bebamos,  
Robemos sin piedad,  
Que á todo nos convida  
La santa libertad.  
El manto de la patria  
De hoy más nos cubrirá,  
Comamos y robemos,  
Robemos sin piedad,  
Gritando á todo trance  
Viva la libertad!»

Pitacio, para no quedarse atrás, y como antes había dicho que también se le entendía algo de poeta, arremetió á un vaso del mismo licor, y dijo:

«Aunque mi talento es vano  
Y mi mente es un... embrollo,  
Brindo por el desarrollo  
De las uñas y la mano.  
Y aunque ven soy un borrico  
De aparejo, lazo y reata,  
Brindo porque no haya plata  
En las arcas de algún rico.  
De hoy más todo mi talento  
Procuraré cultivar  
Para saber quebrantar

El séptimo mandamiento.  
Desde hoy son mis intenciones,  
Para adquirir nombradía,  
Robar de noche y de día,  
Aun á los mismos ladrones.  
Protegeré criminales,  
Perdonaré desafueros,  
Y de hoy más, los bandoleros  
Reirán de los tribunales.  
Al que mostrare más bríos  
En robar la hacienda ajena,  
En lugar de una cadena,  
Será jefe de los míos.  
Mano libre para todo  
En mis dominios tendrá,  
Y al erario meterá  
La mano, el brazo y el codo.  
Robaremos sin piedad,  
Sin respetar lo que es santo,  
A bien que nos cubre el manto  
De la augusta libertad.»

Aquí dió fin el sainete por entonces. Ya se puede figurar el benévolo lector lo que sucedería en aquella ínsula; pero si no se lo figura, yo no le puedo decir por ahora más, porque el tiempo es corto y el manuscrito se acabó.



Haré investigaciones exquisitas para recoger todas las noticias relativas á este Don Quijote y á su denodado escudero; y si Dios me ayuda, que sí me ayudará, porque siempre lo hace con los buenos, pronto emprenderé mis nuevos trabajos de historiador (1).

CIDE HAMETE BERENGENAS.

*México, Mayo de 1860.*

En el mentidero conocí en estos días á un francés de buena edad — si puede alguna vez ser buena la edad entre los veinte y los sesenta — de barba lacia y rubia, color quebrado, cabello escaso y bigote castaño claro por la nicotina. Los pantalones los llevaba con grandes rodilleras, los zapatos cenicientos y sin betún, la camisa denunciaba á legua que no había tenido tratos, siquiera ilícitos, con el jabón, desde mucho tiempo hacía, y el sombrero llevaba una capa de grasa muy respetable.

Pero lo que daba color á aquella fisonomía incolora no era el tinte ictérico de la cara del sujeto, ni el cigarrillo que portaba siempre en la mano derecha, ni el junquillo resobado que llevaba en la izquierda; su distintivo consis-

(1) Refiérese á los ameritados liberales D. Santos Degollado y Don Epitacio Huerta. Se reproducen esas páginas como muestra del estado de los ánimos en aquellas épocas de lucha en que se apelaba á todos los medios para denigrar al contrario.—N. del E.

tía en el gesto, que quizás dependía de tic nervioso ó quizás de pronunciadísima miopía. Ello es que la impresión era que la piel del rostro le venía chica al gabacho, pues si cerraba la boca tenía que entornar los párpados, si abría la boca había de chupar los carrillos ó de inflar la nariz, y si arrugaba la frente ya estaba abriendo los ojos desmesuradamente; y todo con una priesa, con una movilidad, que hacía el efecto de *vieja Inés ó cardillo*.

Llegaba, pedía una taza de café, se recostaba en la mesilla vetada de negro por las quemaduras de cigarro, sacaba del bolsillo un periódico en francés ó en inglés, y se ponía á leer sin hacer caso de nadie.

Nosotros, muchachos y discutidores por naturaleza, seguíamos con nuestras eternas disputas sin hacer caso del franchute; pero él, luego que se hubo familiarizado





con nosotros (se dan casos de estas intimidaciones que provienen de mirarse sin que los interesados se hayan hablado nunca), se nos acercó y empezó á trabar conversaci3n con nosotros.

¡Qué lengua de maldito y qué noticias se traía! Habla-ba bien el español, se preocupaba mucho de los negocios de México, y detestaba al representante de Francia, Mr. Gabriac.

¿Saben ustedes, nos dijo una tarde, que el Ministro francés ha pedido permiso al Gobierno para extraer sin derechos 150.000 pesos, *parte de su capital*? ¿De dónde ha sacado Gabriac esos dinerales? ¡Quién sabe! En nuestra tierra le conocí y era un hidalgué sin fortuna; no es probable, pues, que haya traído nada de Francia.

Percibe anualmente 80.000 francos como sueldo; ese dinero lo gasta en su persona, pues ustedes saben que se da la gran vida; pero suponiendo que no lo invirtiera todo en sus gastos personales y de representaci3n, y que ahorrara la mitad, en cinco años que hace está en el puesto podía haber ahorrado 40,000 pesos, á raz3n de 8.000 cada año.

¿De dónde han salido 110.000 pesos? El diablo lo sepa, aunque yo me barrunto que eso y lo demás ha venido de liberalidades del Gobierno.

¿Que por qué lo aseguro? Por esta carta — y nos mos-tró un papelillo azul — que escribe el ilustre Gabriac á

monseñor Garza y que se encontró Degollado en el palacio del arzobispo en Tacubaya.

Evita le den gracias por los cortos *servicios que ha pres-tado al país y á las santas iglesias de esta provincia eclesiástica en el desempeño de su misi3n*; frase que debe traducirse de este modo: «He dejado que arruinen las bandas conserva-doras y liberales á los franceses pacíficos sin meter siquiera las manos por ellos; he dado á mi Gobierno informes favo-rables á los reaccionarios, y he dejado de cumplir con mi deber. Eso he hecho por las santas iglesias de esta pro-vincia eclesiástica, y por eso me pagan con tanta lar-gueza.»

¡Oh, *mon Dieu!* y que esto vea y que esto sufra Achille de Sard, redactor de *Le Propagateur Catholique* y persona venida á México nada más que á defender los sagrados intereses de la religi3n!

¡Buena anda la religi3n en tales manos! ¡Conque 150.000 pesos es la mayor parte de su capital! ¿pues cuánto será el resto?

¡Y á él le dan tanto dinero porque haga picardías, y á mí, defensor de los sagrados intereses de la Iglesia, no me dan un real, para mi diario *La Esperanza!*

Otro día llegó con cara de mil demonios; el tic ó lo que fuera se le había aumentado, de manera que no le dejaba en paz ningún músculo del rostro; era cosa de cerrar los ojos para que no los cegara tanta movilidad.



Otro negocio, otro negocio estupendo acaba de hacer el Gobierno. El suizo Jecker, que estaba más tronado que arpa vieja, acaba de hacer un contrato con Miramón para suministrarle fondos.

Vean si es agudo el maldito. Le ha ofrecido al presidente tomar bonos conservadores por 15.000.000 de pesos. Los tomadores tienen que ir con él y entregarle 25 pesos para que les dé un papelucho que representa cien.

De esta suma da 10 pesos al Gobierno y se queda con 15, comprometiéndose á pagar el 3 por 100 anual á los tenedores.

Si cumple lo prometido, el primer año entregará 3 pesos á los dueños de los bonos, y se quedará con 12 para seguir mangoneando con ellos.

El segundo entregará 3 pesos más y conservará 9.

El tercero dará 3 y conservará 6.

El cuarto hará entrega de otros 3 pesos.

Y el quinto dará lo que le quedé, realizando estos milagros: haber tenido durante cinco años poco menos de catorce millones de pesos, destinados á lo que le dió la gana; haber entregado ese capital en abonos cortos y tener la eventualidad de no pagar nada y alzarse con el santo y la limosna, si, como es probable, cae la administración reaccionaria.

Por último, Mr. de Sard nos asombró la tarde postrera que le vimos: iba pálido, sin alientos, más vertiginoso





— ¿Qué le pasa, *monsiur*? le preguntamos con cariño

que nunca y con un trastabilleo de lengua que ponía espanto.

— ¿Qué le pasa, *monsiur*? le preguntamos con cariño.

No nos respondió; introdujo al bolsillo de pecho una mano peluda y tesa que parecía garra de ave de rapiña, se caló unos anteojos que daban á su mirada el aspecto del sol reflejándose en el agua, sacó un periódico y comenzó así:

«La idea católica decae y muere en todos los países; descuidados é indiferentes, al propio tiempo, de sus promesas y de sus amenazas, los pueblos la abandonan y la desdeñan, como se deja un vestido viejo, como se abandona un navío que ha naufragado.

«Y mientras la idea católica se encuentra aquí desdeñada, allá combatida, en otras partes convertida en objeto de burlas, es un hecho general que en ninguna parte emprenden ningún esfuerzo viril para rescatarla los mismos que la representan más directamente.

«Si los gobiernos son ateos, los obispos y los sacerdotes son indiferentes y creen haberlo hecho todo por una religión que elevó á aquéllos al grado de señores y á éstos al de hombres. En ninguna parte se ven entusiasmo, fuego sagrado y abnegación en las filas católicas.

«El pueblo católico se nos presenta en el universo entero como ese necio de quien nos habla el «*Eclesiastés*», cerrando sus manos y comiendo sus carnes, y diciendo: Mejor



*es comer tranquilamente el hueco de mi mano que tener ambas manos llenas con el trabajo y la inquietud del espíritu.*

«Y mientras que el pensamiento religioso católico desaparece así, en circunstancias tan indignas de su pasado, la idea política que le corresponde parece destinada á morir de la misma manera.

«Así como Dios se va, los reyes se van también. ¿Quién podrá indicarnos hoy un verdadero rey? Napoleón III es el representante armado de la revolución.

«Francisco José, vencido y humillado, se abate hasta un inútil concordato, y ve sus cuatro ó cinco coronas temblar al viento revolucionario.

«Alejandro ha tenido que dar libertad á sus siervos.

«Guillermo de Prusia se ha vuelto loco á los acentos salvajes del *Freilligrath* («Los Muertos á los Vivos»).

«Isabel II no es reina sino por la gracia de la revolución.

«El rey del Piamonte es el humilde vasallo de Mazzini y de Garibaldi, y la revolución lanza de su trono á los soberanos de Florencia, de Módena y de Parma.

«Y el soberano pontífice, el obispo de las tres coronas, ha perdido ya las Romañas y habría perdido hasta Roma sin las bayonetas francesas...

«Mientras la vieja sociedad política y religiosa se hunde de una manera tan miserable, una sociedad juvenil se levanta para reemplazarla.

«Esta sociedad es grosera, feroz, licenciosa, enteramente consagrada á los intereses materiales; pero es fuerte, y sea cual fuere su fe, tiene una fe.

«Fe en la destrucción de lo pasado.

«Fe en la libertad del porvenir y en la emancipación absoluta de todo poder.

«Para la satisfacción de sus odios y el cumplimiento de sus designos, ha abolido la diferencia de las nacionalidades y hasta la de las lenguas. Se ha formado un ejército de los hombres más distintos por su origen y por su naturaleza, pero fieles al mismo juramento militar.

«Evidentemente esta sociedad debe vencer, y en efecto triunfa en todas partes.

. . . . .

«Desde que fundamos *La Esperanza*, hemos tenido ocasión de conocer más de una vez que hemos sido engañados, y que nos hemos equivocado sobre los hombres y las cosas de México.

«Una especie de fatalidad pesa sobre las ideas condenadas; ellas desconocen á sus amigos; indiferentes á todo esfuerzo, olvidándose de todo servicio, son apellidadas *conservadoras* cuando apenas pueden conservarse á sí mismas.

«No es ahora el tiempo de los periódicos políticos redactados por escritores católicos.

«Se nos aborrece porque tenemos convicciones absolu-



tas en un siglo en que no se cree más que en el dinero.

«Se nos teme, porque nuestra fe nos pone á cada instante en los labios las palabras de Juan á Herodes: *Non licet*.

«Se nos persigue porque nuestro periódico no es complaciente ni cortesano, y porque en una época de tibieza, de debilidad y de servidumbre, es el último asilo de la libertad, que es la de los hijos de Dios.

«El ilustre redactor del *Unívérso* indica á sus colegas lo que deben hacer en esta época de persecuciones y debilidades.

«Suspendemos, pues, desde hoy la publicación de *La Esperanza*.

.....

«Creemos debido dar á conocer los medios con que fundamos *La Esperanza*, establecimos su imprenta, oficinas y despacho y nuestra pobre casa.

«S. S. Ilustrísima el señor Obispo de Michoacán, ha tenido la bondad de darnos . . . . . \$ 3.500.

«Pero algunos días después de habérmolos dado nos invitó á confesarnos deudores de semejante suma hacia el banquero señor Guerra, á favor del cual, por medio de una escritura pública, se estipuló una hipoteca formal de la imprenta por los 3.500 pesos con un interés de 6 por 100.

«S. S. Ilustrísima nos dió después 300 pesos y su garantía por suma igual en papel. . . . . \$ 300.»

«S. S. Ilustrísima el Arzobispo de México, deseando ayudar ampliamente á un buen periódico, tomó una subscripción que ha pagado con regularidad; es necesario hacerle esta justicia . . . . . \$ 2.»

«S. S. Ilustrísima el señor Obispo de Guadalajara, habiendo prometido ayudarnos, ni siquiera ha pagado las dos subscripciones que hemos tenido la hora de enviarle. Resta, pues. . . . . \$ 2.»

«*La Esperanza* ha recibido la misma muestra de interés por parte de S. S. Ilustrísima el señor Obispo de San Luis Potosí. Resta, pues . . . . . \$ 2.»

«S. S. Ilustrísima el señor Obispo Madrid, á quien tuvimos la honra de ofrecer *La Esperanza*, respondió que sus recursos no le permitían tomar una subscripción; pero que con mucho gusto la recibiría si se la ofrecíamos como un homenaje. Nosotros creímos deber abstenernos de ello.

«S. S. Ilustrísima el señor Obispo de Linares ha dado por las dos subscripciones que hemos tenido la honra de enviarle . . . . . \$ 16.»

«La Mitra de Puebla se ha manifestado hacia nosotros tan generosa como los Ilustrísimos señores Obispos de San Luis Potosí y Guadalajara.

«Hemos, pues, vivido dos meses con esa magnificencia, redactando solos un periódico diario, siendo á la vez